

AMÉRICA

El barco arriba; pongo pie en el nuevo continente...

El gris de la mañana otoñal ensombrece mar y tierra; aún tiembla todo bajo mi cuerpo; aún siento el vaivén inquieto de las olas... De la niebla surge la ciudad... Junto a mí, con los ojos abiertos, viva y palpitante, la multitud se apresura. No percibe lo ajeno; solo lo nuevo. Oigo cómo ese y aquel musitan entre dientes: ¡América!... como si quisieran grabarse en la mente el hecho de que efectivamente están aquí, tan lejos...

Me encuentro solo en la orilla. No pienso en la nueva América, a la que debo exigir la felicidad que me quedó a deber la patria; pienso en otra.

Veo aquella pequeña habitación, la veo con tanta claridad como si la hubiera abandonado ayer y no tantos años atrás. Sobre la mesa está la lámpara de la pantalla verde; en un rincón, el sillón tapizado con bordados; de la pared cuelgan grabados en cobre; la sombra desdibuja las imágenes. Anna está conmigo. Tumbada a mis pies, apoya su cabellera rizada contra mis rodillas; tengo que inclinarme para mirarla a los ojos.

Hemos dejado de charlar; el crepúsculo avanza y la estancia se sume en el silencio. Fuera empieza a llover, oímos las gotas repicar en los cristales, lenta, pesadamente. Ella sonrío y yo me inclino sobre su boca. Le beso los labios, la frente, los ojos cerrados. Mis dedos juegan con los finos y dorados ca-

bellos que se rizan tras su oreja. Los aparto hacia atrás y los beso ahí, en esa piel dulce y blanca de detrás de su oreja. Ella vuelve a levantar la vista y ríe.

—Algo nuevo —susurra como sorprendida.

Sigo apretando los labios en su zona postauricular. Luego digo sonriendo:

—Sí, hemos descubierto algo nuevo.

Ella suelta una carcajada y, como una niña, exclama alegre:

—¡América!

¡Qué gracioso fue! ¡Qué locura! ¡Qué necesidad! Puedo ver su cara, ver cómo me miraba con ojos pícaros y oír cómo sus labios carmesíes pronunciaban:

—¡América!

Cuánto réimos y cómo me embriagó la fragancia que desde sus rizos inundaba nuestra América. . .

Y así quedó acuñado el magnífico nombre. Primero lo exclamábamos siempre que alguno de los innumerables besos se extraviaba tras la oreja; entonces lo susurrábamos; luego solo lo pensábamos, pero siempre nos venía a la mente.

Surgen en mí un sinfín de recuerdos. Cómo una vez vimos la imagen de un barco en una columna de anuncios y, acercándonos, leímos: «Salida de Liverpool, Llegada a Nueva York. Salida de Bremen, Llegada a Nueva York. . .» Soltamos una carcajada en plena calle, y ella, en voz bien alta y en presencia de los circunstantes, aseguró:

—Oye, hoy mismo partimos para América.

La gente se la quedó mirando sorprendida; sobre todo un joven con bigote rubio, que encima esbozó una sonrisa. Su gesto me disgustó sobremedida y pensé: A este seguro que le gustaría apuntarse al viaje.

En otra ocasión, estando en el teatro, no recuerdo ya con motivo de qué obra, alguien en el escenario mencionó a Colón. Era una comedia en yambos, todavía me acuerdo del verso: «Y Colón subió al puente. . .» Anna me dio un empujoncito con su brazo; la miré y comprendí su mirada des-

deñosa. ¡Pobre Colón. . . como si hubiera descubierto la verdadera América! Después del teatro fuimos a una taberna y hablamos mucho del buen hombre que tan orgulloso estaba de su mísera América. En el fondo nos daba pena. Durante mucho tiempo no pude imaginarlo de otra manera que de pie en la costa de su nuevo continente, con la mirada cargada de tristeza, curiosamente vestido de chistera y sobretodo a la última moda, sacudiendo la cabeza con aire decepcionado. Una vez lo dibujamos juntos sobre la superficie de mármol de una mesa de café y no parábamos de inventar nuevos detalles. Anna insistía en que debía estar fumando un puro; por lo demás, en nuestra estampa el gran descubridor llevaba paraguas y su chistera estaba abollada, claro, por acción de los amotinados. Así pues, Colón se convirtió para nosotros en el hazmerreír más grande de toda la historia universal. ¡Qué locura! ¡Qué necesidad!

Y ahora me encuentro en medio de esta ciudad grande y fría. Me encuentro en la América que no es, y sueño con mi dulce, mi fragante América del otro lado. . . ¡Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces! Muchos, muchos años. Me asalta un dolor, un delirio al pensar que aquello se ha perdido sin remedio, que ni siquiera sé dónde podría llegarle una noticia, una carta mía. . . que ya nada sé de ella, absolutamente nada. . .

Mi camino me adentra en la ciudad, el mozo de equipaje sigue mis pasos. Me detengo durante un instante, cierro los ojos y por una extraña y engañosa ilusión de los sentidos me veo envuelto en la misma fragancia que antaño exhalaban los cabellos de Anna, aquella noche en que descubrimos América. . .